

Capítulo 61

En «De alguna manera, me convertí en el jefe del inframundo»,

Alon, de «Solo respiré y me convertí en el rey del inframundo», se aferró a sus confusos pensamientos y reflexionó.

«¿De verdad di esa orden...? ¿Cuándo demonios?».

Mientras la duquesa Altia permanecía de pie con la cabeza gacha, Alon, sumido en sus pensamientos, finalmente dejó escapar una suave exclamación.

«Ah».

-Empecemos por limpiar el inframundo.

Se dio cuenta de que, tras pensarla un poco, efectivamente había dicho algo parecido.

«Espera, ¿no es normal interpretar esa afirmación como que simplemente nos deshacemos de unos cuantos matones innecesarios? No como una limpieza a este nivel...».

Pero lo que realmente le sorprendió no fue que el duque Altia malinterpretara sus palabras, sino que realmente eliminaran a todo el mundo del hampa del reino de Asteria.

«¿Es esto... siquiera posible?».



Por supuesto, Alon sabía que el duque Altia y el conde Zenonia se convertirían en figuras importantes en las sombras de Asteria en el futuro. Pero aun así...

Para ellos, dominar por completo el inframundo de Asteria de esta manera era prácticamente imposible.

En el juego, el inframundo de Asteria era reconocido como una de las mayores «fuerzas oscuras» junto con el Reino de Ashtalon en los Reinos Unidos. La mayoría de las organizaciones clandestinas activas en los Reinos Unidos tenían sus raíces en estas dos zonas.

En otras palabras, el inframundo de Asteria contaba con innumerables organizaciones. Para que ellos tomaran el control, tendrían que haber acabado con todas esas organizaciones, lo cual parecía inimaginable.

«¿De verdad las aniquilaron a todas?».

Con el corazón lleno de dudas, Alon preguntó con cautela.

«Sí», respondió ella, asintiendo con la cabeza con tanta convicción que Alon se quedó momentáneamente en silencio antes de poder volver a hablar.

«Debes de haber pasado por muchas cosas».

«No, fue gracias a usted, conde, por ocuparse tanto de los realistas como de los nobles».

«¿Los realistas y los nobles?».



«Sí, como detuviste a los líderes de ambas facciones, la limpieza fue mucho más fácil».

Alon quiso decir: «¿No fueron ustedes quienes se encargaron de eso, y no yo?», pero ese pensamiento solo duró un instante.

«Bueno, tal y como ordenaste, hemos conquistado el inframundo. ¿Qué hacemos ahora?».

Las palabras del duque Altia dejaron a Alon sin palabras. En realidad, no tenía ningún plan.

La única razón por la que Alon sugirió limpiar los bajos fondos en primer lugar fue porque parecía lo más plausible y algo que llevaría mucho tiempo.

«Nunca imaginé que se terminaría tan rápido».

Mientras Alon pensaba qué decirle a continuación al duque Altia, este volvió a hablar.

«¿Quizás ahora le toque a la reina...?»

«... La reina?».

«Sí, ahora que nuestras fuerzas han crecido, es hora de actuar».

Tras escuchar eso, Alon dio su siguiente orden.

«Por ahora, mantengamos la situación actual».



Con esa orden, el dispositivo de comunicación se desactivó y él pensó en silencio.

«En este punto, tendría sentido que la Reina comenzara a actuar».

Aunque Asteria era un reino en el que los nobles controlaban prácticamente todo, seguía siendo una monarquía, con una reina al frente.

La octava monarca de Asteria, Cretinia Siyan. Era la octava reina de Asteria y, a pesar del caos causado por los nobles, que campaban a sus anchas, había conservado un poder significativo sin gestionar directamente los asuntos del reino ni participar en los juegos políticos.

La razón no era otra que la habilidad única que poseía la línea de sangre real de Asteria y, más concretamente, la propia Cretinia Siyan: el «Ojo Dorado de la Historia»

«… Bueno, a pesar del nombre «Ojo Dorado», en realidad no era un poder relacionado con la visión».

El «Ojo Dorado de la Historia» que Alon conocía simplemente recibía su nombre por los llamativos ojos dorados que tenía la familia real, pero el poder heredado en sí era bastante sencillo. Permitía a quien lo poseía transmitir su fuerza de generación en generación. Al igual que se transfieren los datos de un videojuego, este poder especial podía transmitirse a la siguiente generación y, aunque su explicación era sencilla, se trataba de una habilidad increíblemente potente.

Cuantas más generaciones pasaban, más fuerte se volvía el poder, lo que otorgaba a la familia real la fuerza suficiente para mantener la monarquía sin



necesidad de involucrarse en intrigas políticas. Además, los nobles se volvían naturalmente más cautelosos y evitaban cruzar la línea.

«Por lo que yo sé, Cretinia Siyan simplemente no actúa porque le resulta demasiado molesto», pensó Alon, recordando la expresión indiferente, casi sin emociones, que mostraba en las ilustraciones del juego.

«Teniendo en cuenta todo lo que ha pasado, podría haber cierta resistencia, pero, dada su personalidad, es posible que simplemente lo deje pasar».

Recordó cómo se había comportado en el juego, donde solo intervenía cuando uno de los «Cinco Grandes Pecados» descendía sobre Asteria. En esos momentos, se unía brevemente al grupo del jugador y mostraba un poder tremendo. Pero, aparte de esos raros momentos, mostraba poco interés por los asuntos de su reino. Su indiferencia era tan extrema que los jugadores incluso tenían una broma recurrente, tratándola más como un dragón guardián que como una monarca.

Con eso en mente, Alon decidió relajarse. Sin embargo, al día siguiente...

Ssshhh.

Mientras continuaba con su investigación mágica y reflexionaba sobre una pregunta que no había podido responder —«¿Quién era el ser que le susurró durante la batalla contra el Dios Exterior?»—, estaba comiendo un camote cuando Evan lo interrumpió.

«Conde, ¿otra vez comiendo camotes?».

«¿Quieres uno?».



«Si queda alguno... En realidad, no. Has recibido una carta importante».

Evan le entregó la carta, quitándole con delicadeza la nieve de la cabeza. Estaba sellada con el escudo de la familia real.

«Esto es...».

«Parece que dentro de un mes, al comienzo del nuevo año, el palacio real celebrará su primer baile en cinco años. Y...».

«¿Hay algo más?».

«Sí. El mensajero que entregó la carta dijo que la reina había solicitado personalmente la presencia del conde Palatio».

Al oír esto, Alon dejó escapar un suave suspiro: «Ah...».

Y exactamente un mes después, tras recibir la carta de la familia real y recuperarse por completo de su batalla de cinco meses contra la adicción al maná, Alon se encontró una vez más contemplando cómo compensar su falta de reservas de maná.

«Conde».

«Sí».

Subió al carro que se dirigía al palacio real para asistir al baile.

«Pasaré por la casa real, visitaré el laberinto del desierto y luego regresaré».



Le esperaba un largo viaje, el primero en mucho tiempo.

En una oscura cueva cerca de Caliban, había tres figuras de pie. Una era un hombre envuelto de pies a cabeza en vendas, cubierto de extrañas marcas. La segunda era una mujer con un grotesco tatuaje en forma de circuito que le cubría la mitad del rostro. Y la última era un hombre que llevaba dos kama a la espalda.

-Salgui, ¿está todo listo para la invocación del espíritu?

preguntó el hombre, mirando a los dos.

«¿Qué hay que preparar? Solo somos nosotros tres. Si vamos, ya está hecho», respondió la mujer, Ju-ryeong, encogiéndose de hombros con confianza.

«Yo opino lo mismo. ¿De verdad necesitamos prepararnos?».

El hombre llamado Salgui también respondió con tono relajado.

«Solo prepárate, por si acaso».

«Vaya, no sabía que pudieras ser tan cauteloso, jefe. Para alguien que ha matado a varios miembros de la realeza y a más de dos Maestros Espadachines, ¿no estás siendo un poco demasiado miedoso?», se burló Ju-ryeong.



«Bueno, he oido que Deus Macallian es alguien especial. Parece que derrotó a Reinhardt».

«¿Y qué? Los tres juntos podríamos encargarnos fácilmente de Reinhardt».

El hombre suspiró levemente mientras escuchaba su conversación.

Si alguien más hubiera hecho un comentario así, se habría reído de él. Pero conociendo la historia de estos dos, no creía que estuvieran siendo arrogantes. Todos los presentes habían derrotado al menos a un Caballero Maestro por su cuenta, lo que los hacía formidables por derecho propio.

Sin embargo, les advirtió que no subestimaran al enemigo.

«No se confíen demasiado. Derrotar a Reinhardt significa que él es más fuerte que eso».

Sus palabras hicieron que Salgui y Ju-ryeong se detuvieran, borrando las sonrisas burlonas que habían lucido momentos antes.

«Bueno, si tú lo dices...».

«Terminemos esto lo más rápido posible».

«Como no se trata de un ataque frontal, sino de una emboscada, probablemente podamos acabar con él sin siquiera tener que luchar».

Mientras Ju-ryeong y Salgui discutían seriamente su plan, el hombre se infiltró silenciosamente en el distrito central de Kirdam, la capital de Caliban, donde se encontraba Deus.



No pasó mucho tiempo antes de que los tres agentes se abrieran paso hasta la mansión de Deus Macallian.

Y entonces...

«¿Quién eres?».

Al entrar en la mansión, vieron inmediatamente a Deus Macallian de pie con la luna azul como telón de fondo.

Los tres agentes frunció el ceño al unísono, ya que ninguno de ellos había percibido su presencia.

El hecho de que no lo hubieran notado significaba que podrían haber sido emboscados en cualquier momento. Sin embargo, en lugar de atacar, Deus había aparecido tranquilamente ante ellos. Esto sugería que, como Caballero Maestro, ya había evaluado su fuerza y tenía la suficiente confianza como para enfrentarse a ellos de frente.

«¿De verdad crees que es prudente revelarte tan fácilmente? Esa podría haber sido tu última oportunidad de vivir», preguntó Ju-ryeong, frunciendo ligeramente el ceño.

«¿Un asesino?», preguntó Deus con indiferencia.

-¿Y si lo soy?

«Ya veo». Ju-ryeong sonrió con ferocidad mientras la tensión llenaba el aire, pero Deus permaneció imperturbable.



«En ese caso, simplemente te mataré».

Declaró con rotundidad, blandiendo su espada con el rostro tranquilo e inexpresivo.

Exactamente cinco minutos después...

«Maldición...».

Los tres agentes se quedaron paralizados, mirando a Deus con sorpresa.

A pesar de que esperaban derrotar a un solo Caballero Maestro sin mucha dificultad, la batalla había transcurrido de manera totalmente diferente. Aunque eran tres contra uno, solo habían logrado empatar con Deus. De hecho, estaban empezando a retroceder poco a poco.

«¿Qué tipo de monstruo es este?».

El hombre miró a Deus con incredulidad. Según lo que él sabía, Deus Macallian se había convertido en Caballero Maestro hacía solo dos o tres años, y su rango no era particularmente alto. Cuando recientemente se extendieron los rumores de que había derrotado a Reinhardt, el hombre supuso que la suerte había influido.

Pero ahora, en ese momento, se dio cuenta de lo absurda que había sido esa suposición.

—Propongo que negociemos —ofreció el hombre.



«¿Negociar?».

«Sí, nuestro objetivo original no eras tú, sino el conde Palatio».

Por supuesto, eran muy conscientes de que Deus tenía una estrecha relación con el conde Palatio. Sin embargo, dada la situación actual, el hombre decidió revelar este hecho.

«Por muy monstruoso que sea, si los tres luchamos contra él hasta la muerte, incluso él debe darse cuenta de que tendría que arriesgar su vida».

El hombre examinó sutilmente el cuerpo de Deus. Aunque no presentaba heridas graves, podía ver pequeños cortes esparcidos por todo su cuerpo, lo que indicaba que Deus no había salido completamente ilesa y no podía permitirse el lujo de bajar la guardia.

«Por muy leal que sea alguien, si su propia vida está en peligro, cambiará de opinión».

«Si nos das la información que queremos sobre el conde Palatio, nos retiraremos de inmediato. No volveremos a perseguirte. Pero si te niegas...».

El hombre añadió en voz baja, casi en un susurro: «Nuestros compañeros vendrán a por ti, de día o de noche».

Era una amenaza descarada, pero el hombre no dijo nada más. Sabía que no había necesidad de dar más explicaciones a alguien que podía percibir la fuerza tan claramente como Deus.

Y entonces sucedió.

«…?»

El hombre miró al frente, confundido. La escena que tenía ante sí no había cambiado mucho. Sin embargo, había algo diferente.

«… ¡¿Qué?!»

Bajo la luz azul de la luna, de repente vio unos finos hilos violetas que brillaban intensamente, ahora visibles en su campo de visión. Estos hilos, como una telaraña, habían envuelto toda la mansión o, más precisamente, llenaban todo su campo de visión. No solo lo rodeaban a él, sino también a Salgui y Ju-ryeong.

En ese momento,

«¡¿Qué...?!»

«¡¿Qué es esto?!»

Todos los presentes comenzaron a moverse.

Salgui agarró su hacha, Ju-ryeong empuñó la kama con la mano derecha y el hombre levantó la espada que llevaba en la mano izquierda; cada uno de ellos apuntó con su arma hacia su propio cuello.

«¡Esto es... maldito!».

«¡Para, para!».



«¡Aaaargh...!»

Los intrusos, todos con expresiones de horror, luchaban desesperadamente por mover sus cuerpos, tratando de resistirse a la fuerza incontrolable.

Pero era demasiado tarde. Atrapados por los hilos violetas, se movían como marionetas, controlados por un titiritero invisible, mientras sus armas se presionaban lentamente contra sus propias gargantas, independientemente de su voluntad.

«¡No, NO! ¡Por favor, no!».

«¡Por favor, por favor!».

Sus gritos llenos de terror resonaron brevemente, hasta que...

¡Squelch!

Al final, cada uno de ellos se quitó la vida con sus propias manos. La sangre roja goteaba por los hilos violetas.

Y lo último que vio el hombre, mientras también se clavaba la espada en el cuello, marcando el final de su vida, fue...

«No vuelvas a decir cosas así en mi presencia».

Un par de inquietantes ojos violetas brillantes.